

de bondad, pues, a mi parecer, la bondad siempre es tolerante con las creencias o no creencias de los demás. Podemos llegar a convertir a alguien, si alguna vez sucede algo así, mediante una actitud irresistible, y no por una exigencia imposible.

MARTES, 28 DE ENERO

Estamos pasando un invierno de lo más raro, con unos cuantos días cálidos seguidos de otros fríos, luego viene la lluvia, luego la nieve... ¡así es imposible acomodarse a un buen invierno frío como los de antes! Los azafranes han brotado... ¡qué fatalidad!

Ayer tuve tres cartas de tres amigas, tan diferentes en todos los aspectos que fue sorprendente hallar en todas ellas problemas de depresión. Una es una mujer joven y casada con dos niños pequeños y un marido que es el típico empleado fiel. Ella siente que el trabajo de él la excluye por completo, y la ofende esa forma desenfadada que tiene de llevar «amigos» a casa, clientes en realidad, sin avisar, pero lo que más le duele es la falta de comunicación, el no hablar porque nunca hay tiempo. Él viaja mucho por trabajo. La segunda es una amiga cuyo marido acaba de jubilarse, y se han marchado del pueblo donde llevaban toda la vida para vivir cerca del mar. Él no tiene nada que hacer y ella se siente atrapada, furiosa y deprimida, pero no acierta a explicar por qué. La tercera es una profesora bastante joven que vive feliz con otra mujer, compañera de profesión, pero se siente «aislada hasta los huesos».

El aislamiento, para mí, está muy asociado con las relaciones amorosas. Cuando no hay una perfecta comunión, estamos aislados. En soledad sí podemos entablar una buena relación con

nosotros mismos. Me ha impresionado mucho ver que ahora no puedo decir, en ningún momento, que me sienta «aislada hasta los huesos», aunque sí viví algo así cuando estaba enamorada. Y estoy segura de que esa expresión tan desgarradora podría haber definido a mi madre muy a menudo.

MIÉRCOLES, 29 DE ENERO

Una funesta lluvia ha derretido la nieve. Me asomo a ver el prado de color pardo y, más allá, el mar gris incoloro, pero tengo un ramo de flores primaverales en el escritorio —tres tulipanes rojos y amarillos, dos narcisos de copa plana (uno de copa naranja brillante y pétalos amarillos, y otro con pétalos blancos y anchos y copa naranja), además de un ramillete de mimosas—. ¿Por qué la mimosa se arruga con el aire? Llegó ayer suave y vivaracha y ya está marchita, y toda su gracia se ha esfumado.

Conforme pienso en esas tres cartas sobre las que escribí ayer, me doy cuenta de lo valientes que deben ser las personas que se mantienen firmes en su negación a las exigencias, a lo que asumen que no pueden hacer —porque va en contra de su naturaleza de un modo demasiado doloroso, demasiado injusto—, y del coraje que requiere hacer lo que se puede y debe hacer sin desmoronarse por la extenuación. El mayor problema de mi amiga joven y casada es, ciertamente, el cansancio... lo cual parece una condición inherente a la crianza de los niños pequeños. No hay descanso. Si a ello se añade la hostilidad hacia un marido que no está en casa ni para compartir las premisas básicas como ser humano, todo se vuelve mucho más complicado de manejar, y el «aislamiento hasta los huesos» empieza a carcomer la mente.

El precio que hay que pagar por ser una misma es tan alto, e implica tanta crueldad hacia los demás —o lo que parece crueldad en esta cultura tan entregada a las constricciones del deber—, que muy poca gente puede permitirse pagarlo. La mayoría traga con lo inaceptable porque eso facilita mucho la vida. ¿En qué punto sentimos que batallar, por muy doloroso y desgarrador que sea, se hace necesario? Se trata de una cuestión atroz. Si una mujer quiere a su marido y sabe lo cansado que está —igual que ella— cuando llega a casa, después de un día de conflictos y tensiones en el trabajo, ¿en qué momento se permite demandar atención, exponerle su situación claramente? Nunca es buen momento. Mi madre se pasó años enterrando su ira, y a veces creo que hacía bien porque, a sus sesenta años, mi padre no habría cambiado. Soltar la ira no habría supuesto diferencia alguna, más que añadir preocupaciones a mi padre, sin llegar a hacerle comprender todo aquello en lo que le había fallado. Así, mi madre se fustigaba por dentro y mi padre nunca creció.

Esa es la tragedia. Si las cosas nunca se exponen para librar batalla, eso significa que, en lo más profundo del matrimonio, hay algo que impide crecer a la pareja. La estabilidad se consigue a un precio muy alto, un precio demasiado alto para algunas. Por eso admiro a mis antiguas alumnas, las que ahora están casadas, porque tienen agallas para luchar, por muy dolorosa que sea la lucha.

JUEVES, 30 DE ENERO

Ayer llovió todo el día, y hoy ha salido un sol brillante y sopla el viento, pero mañana está previsto que nieve... así es Nueva